

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*La Virgen de la Esperanza*, por D.^a Angela Grassi.—*Cantares* (poesía), por D. Pedro María Barrera.—*Las Veladas*, por D. A. F. Grilo.—*La Hermosura del alma* (continuación), por D.^a Micaela de Silva.—*Variedades*, por D.^a Carolina Sorel.—*Modas*.—**LÁMINA:** *Figurin*, número 819 bis.

REVISTA DE MODAS.



RESPECTO de hechuras, se ha fijado completamente la caprichosa deidad, que dispone á su antojo del atavío de nuestras bellas, y entre los elegantes equipos que se disponen para las expediciones á los baños imperan los ya conocidos, el traje imperio, el paletot entallado y el *peplum*.

Esta última prenda, de gran utilidad, se hace por lo general en tafetan azul, rosa ó boton de oro, y para darle mas carácter griego, se guarnece sencillamente de un galon blanco con borlas ó bellotas en las puntas: anúncianse tambien de encaje negro sobre traje blanco, que serán de un efecto encantador. En vano trataríamos de ponderar esta prenda distinguida, á propósito para esas reuniones que tienen lugar á orillas del mar ó en las casas de baños, fiestas improvisadas, á las que debe asistirse con trajes caprichosos y sencillos: el *peplum*, lindísima blusa abierta por los costados y ceñida con un cinturon, modelo que han recibido ya nuestras lectoras en uno de los figurines de nuestro semanario, es lo mas á propósito para improvisar un traje de baile. ¿Sabeis el efecto de un *peplum* celeste sobre un traje de muselina blanca? Es la sencillez unida á la distincion! La severidad griega hermanada con la coquetería francesa! Jóvenes hermosas, que haceis vuestros preparativos de verano, no salgais de Madrid sin esa prenda en vuestro equipaje, y mas de una vez os acordareis reconocidas de vuestra humilde revistera!

Ocupan la primera línea en estos preparativos

los trajes de seda en fondo blanco, con listas rectas ó al biés, ó sembrados de pequeños motivos en flores, lunares ó triángulos: el cuerpo escotado, con berta de otro color figurando solapa, tiene gran novedad para estos trajes sin mangas, los que completa una camiseta alta bullonada de tul con mangas de lo mismo. Como adornos de estas telas sencillas, y aun de la rica coleccion de lanería de verano, como grós de la India, batelera, pekin y pelo de cabra, se anuncia con gran aceptación la pasamanería perlada de acero ó de cristal. A los botones, propios solo de telas de invierno, sucede el agreman perlado, con guipure al pié ó la roseta blanca, negra ó de color, con colgante de perlas. Este adorno es preferible para esas telas de estío de tejidos flexibles y de un blanco espléndido!

Los foulares entran por mucho en las adquisiciones de verano, tejido que tanto por su excelente gusto, que rivaliza con la sedería francesa, como por su módico precio, será siempre la tela favorita de las jóvenes.

La camiseta rusa, cuerpo de encajes ó muselina blanca, está en el mismo caso, y con placer anunciamos su continuado imperio. Es el triunfo de la economía sobre las fastuosidades de la moda! El recurso del buen gusto sin la riqueza! En este tiempo pueden gastarse todos los trajes, lo que no es posible resistir son todos los cuerpos, y estamos seguros de que la jóven soltera que puede utilizar las faldas ligeras de estío con una camiseta blanca, lo mismo que la jóven casada, que con ella puede utilizar las faldas de seda rica, que componen su guar-

da-ropa, se felicitarán de una moda que hermana la comodidad con la elegancia. No es fácil dar idea de la multitud de adornos que se disputan la preferencia para esta prenda de nuestra *toilette*. Los guipures, los bullonados con cintas pasadas, el encaje de Cluny, y aun la misma pasamanería perlada de que antes nos ocupamos, rivalizan en gracia y coquetería para estas camisetas ó cuerpos, cuyas mangas pueden ser lisas ó bullonadas en todo su largo.

Para traje sencillo de playa, baños ó viaje, son indispensables dos ó tres trajes completos, con falda, falda interior y paletot suelto ú holgado, en telas Tong-kin, moiré nankin, ó jaspeado de China, adornados de cintas perladas, de cintas de seda, de botones claveteados sobre el adorno, siendo los colores predilectos el lila Persia, rosa thé, verde agua, y gris hierro ó gris plomo para los de viaje exclusivamente.

Ya nos hemos ocupado de la multitud de formas de sombreros de campo que se disputan el favor de nuestras bellas, pudiendo añadir hoy que la for-

ma marinera para las jóvenes, y la inglesa para las señoras de mas gravedad, son las definitivamente adoptadas, debiendo hacer especial mencion para las primeras del sombrero *mandarin* y del *batelera*, que el primero por su novedad, el segundo por su sencillez, están exclusivamente dedicados á la primera edad de la mujer.

Bajo los sombreros redondos, se llevarán como adorno predilecto las redecillas con cadena Benoiton, que están formadas de cuentas en las de diario, y de flores en las de mas pretension. El peinado griego continúa dominando sin rival, si bien algunas señoras empiezan á ensanchar por detrás la moña, en términos de que aparezca el rostro rodeado de un marco oscuro. No admitimos con gusto esta exajeracion, y estamos seguras de que la rechazarán las verdaderas elegantes, conservando el peinado griego, tan gracioso como propio de la presente estacion, por dejar despejado el rostro.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

LA VIRGEN DE LA ESPERANZA.

¿Quién no ha oido hablar de la deliciosa villa de Pórtici, iluminada á la vez que por el sol brillante de la Italia, por los resplandores siniestros del Vesubio, ofreciendo el contraste sublime del mal y el bien; de la luz que alumbrá, y el fuego que calcina? En efecto: ¡en la llanura, campos de flores, bosquécillos de mirtos y laureles, arroyos de plata que se esconden bajo arcadas de verdura; en la cumbre, el monte árido y calcinado, el cráter del volcan que exhala negro humo; en frente, el golfo de ondas pérfidas y serenas! ¡Cuadro imponente, imágen de la vida; de la vida del hombre, cuyos dias felices se deslizan entre dos amenazas: la del pasado, que calcina cuanto toca; la del porvenir, que cual engañoso espejo, va reflejando los mismos paisajes que nos cercan, y reproduciéndolos hasta lo infinito, mientras debajo de su tersa superficie solo existen los abismos de la muerte!

Por lo demas, la situacion de Pórtici es magnífica: agrupada en la costa del golfo de Nápoles, á los piés del Vesubio, y distante tan solo cinco cuartos de legua de la ciudad mas bella y concurrida de la tierra, allí acuden, tanto los viajeros como los habitantes de la capital, á pedir sombra á sus bosques, aromas á sus pensiles, murmurios á la brisa y á las aguas que riegan los verjeles, ó vienen en revuelto torbellino á estrellarse contra las rocas de la playa.

Embellecen á Pórtici infinitas casas de recreo. disemi-

nadas aquí y allá, medio ocultas por los árboles; suntuosos edificios, y sobre todo el magnífico Palacio, erigido por Carlos de Borbon, verdadero templo del génio, en donde se abrazan las antiguas y las modernas artes, compitiendo á la par en hermosura; museo único y precioso que conserva recuerdos de todos los pueblos, de todas las edades. El edificio, joya arquitectónica de un valor inmenso, está rodeado de parques y jardines, llenos de estatuas, fuentes de mármol, juegos de aguas cristalinas, templetos y belvederes, que sorprenden y encantan al viajero, contrastando su aspecto risueño y apacible con el triste y severo aspecto de las ruinas de Herculano, que se divisan á cincuenta pasos de distancia, con sus calles silenciosas, con su teatro, mudo como un cementerio.

¡Herculano! desventurada ciudad! ¡Cuál se estremece el alma al recordar tu nombre, símbolo elocuente de las pasajeras glorias de la tierra!

¿Pero cómo despues de tantos siglos han podido romper su sepulcro de lava esos monumentos, y mostrar al mundo sus preciadas maravillas?

Hé aquí lo que cuentan las ancianas de Pórtici, mientras mecen en la cuna á sus hijuelos.

Hace mas de cien años vivía allí un jóven pastor llamado Beppo, cuyos rebaños se reducian á seis cabritas blancas y seis manchadas, cuyos bienes se componian de una choza, formada de estacas y cubierta de hojarasca.

Pero poseia otro bien mayor que todos los tesoros de la tierra, una esposa jóven, bella y virtuosa, luz de sus ojos, regalo de su vida. El amor que se profesaban era como

aquel cielo siempre puro, como aquel mar siempre sereno.

Beppo no tenía mas rivales en el corazón de Gelsomina que una hermosa Virgen de la Esperanza, que ella veneraba en su cabaña, y los huérfanos, las viudas, los mendigos, de quienes era la madre bondadosa. A los que tenían hambre les daba tazas de caliente leche, queso labrado con sus manos; á los que estaban pesados, los llevaba delante de la efigie veneranda y salían consolados. Beppo la secundaba en sus buenas obras, y con esto ¿podían ser sus días tristes, sus noches intranquilas?

Mas ¡ay! la desdicha, que vá recorriendo á largos pasos todos los ámbitos de la tierra, dejando en pos de sí huellas de lágrimas y sangre, pasó por Nápoles la bella, convirtió en ruinas los palacios, sumió en el dolor á los potentados, y prosiguió su camino. Pero estaba fatigada y se detuvo á descansar en el umbral de la cabaña de Beppo.

Se detuvo á descansar un solo instante, y Beppo perdió á sus cabras, y vió la sombra de la muerte dibujarse en el rostro de su amada Gelsomina.

Hé aquí lo que habia pasado: era en aquel tiempo en que Carlos, archiduque de Austria, luchaba con Felipe V de Borbon, disputándole el cetro de la España.

Perdidas sus ventajas en la Península, volvió el archiduque sus ojos codiciosos á la corona de Nápoles, y una secreta conspiracion la puso entre sus manos.

El príncipe de Elbeuf acababa de entrar triunfante en la ciudad, desalojando de allí á los españoles, y unos y otros habian talado los campos y destruido con el saqueo y la matanza los modestos recursos de los pobres.

Una tarde estaba Beppo sentado á la puerta de su cabaña, situada á alguna distancia de Pórtici, y en vano se esforzaba por contener las lágrimas que abrasaban sus mejillas.

El médico acababa de visitar á Gelsomina, y su única prescripcion habia sido que buscasen á un confesor.

¿Quién podria espresar lo que pasaba en el alma de Beppo en aquel terrible instante?

—¿Cómo está tu mujer? le preguntó una anciana que se dirigia á la poblacion.

Beppo prorumpió en sollozos, y le repitió la sentencia del doctor.

—El señor Singardi visita muy de prisa, dijo la anciana alejándose. Pasa muy de prisa por las cabañas de los pobres, porque quiere tener tiempo para adular á los ricos. Gelsomina es jóven, si tuvieras dinero y pudieras traer algunos médicos de Nápoles, tal vez se salvaria.

—¡Dinero! ¡dinero! murmuró el infeliz con desesperacion. ¡Dinero!... ¿Qué podria hacer para tenerlo?

Cruzó las manos sobre las rodillas, y permaneció largo tiempo con los ojos fijos, con los cabellos erizados: ¡parecia meditar un crimen!

Como si el cielo, como si la naturaleza toda hubiese querido participar del desórden de su alma, las nubes rojas y doradas que acompañaban al sol en su ocaso, se tornaron negras y dejaron escapar de su seno relámpagos y truenos. A esta señal, los vientos embravecidos salieron de sus antros, chocando entre sí y empeñando una horrísona batalla. Sus proyectiles de guerra eran los troncos de los viejos árboles, que arrancaban de raiz y se arrojaban los unos á los

otros; eran las olas encrespadas y mujientes del mar, que subian hasta los cielos.

Beppo al oír aquel infernal estruendo salió de su estupor, miró en torno suyo, sonrió con complacencia al ver la tempestad exterior que tan bien armonizaba con la tempestad de su alma, y murmuró con tono siniestro.

—Dinero! quiero dinero! á cualquier precio!

La noche habia cerrado completamente, pero al pronunciar estas palabras, como si el infierno acudiese en su socorro, vió dibujarse entre la sombra una figura incierta y vacilante, que avanzaba paso á paso....

Loco, fuera de sí, obedeciendo á no sé cual maligno influjo, Beppo, el amparo de los pobres, el consuelo de los aflijidos, entró en su choza, cogió su baston herrado, cetro que empuñaba cuando era rey de sus ovejas, y salió hasta la mitad de la senda tenebrosa.

¡Oh, cómo palpitaba su corazón de horror, de espanto y de vergüenza! Cómo temblaban sus manos, cuando asió de improviso la garganta del viajero.

—Dáme lo que poseés ó te mato? le dijo con voz trémula.

—¡Ay, no poseo nada! exclamó el desconocido. ¡Soy tan pobre como tú! ando errante y perseguido!

En este momento un relámpago iluminó su pálido semblante.

—¡El virey de Nápoles! gritó Beppo con salvaje júbilo, ¡prometen montones de oro al que entregue tu cabeza!

Y á pesar de sus súplicas le arrastró consigo hasta el interior de la cabaña.

Quizás fué advertencia de los cielos, porque chocaron entonces con mayor furia los huracanes, mujió el mar, gimieron los astros, y la choza se tambaleó como si estuviese próxima á derrumbarse.

Beppo no desmayó: su albergue se dividia en dos mitades: en la una dormitaba Gelsomina sobre un jergon de paja; en la otra encerró á su prisionero. Su plan estaba formado: dejarle cautivo allí, correr á Nápoles, y reclamar la suma prometida.

Pero para salir, necesitaba volver á pasar por el aposento de Gelsomina, y á la cabecera del lecho de Gelsomina estaba la imágen de la Virgen de la Esperanza, iluminada por los reflejos de la lámpara, que ardía delante de ella.

Beppo soltó un grito: le pareció que los ojos de la imágen estaban fijos en él; pero no con dura expresion, sino con una expresion amante y consoladora.

Una súbita é inesplicable revolucion interior conmovió toda su alma: cayó de rodillas, oró...

Entonces le pareció que la imágen bendita tomaba cuerpo, salía del cuadro, y se acercaba á él con las manos extendidas, y envolviéndole en los pliegues de su verde manto.

Y al punto llegaron á sus oídos armonías divinas, y un océano de suave luz inundó el aposento....

—Beppo! murmuró una dulce voz, Beppo, Beppo, Beppo....

Beppo levantó la cabeza: la santa vision habia desaparecido; pero Gelsomina estaba sentada sobre el lecho.

—¡Oh, qué sueño tan hermoso! dijo la enferma juntando las manos con inefable júbilo. Acabo de ver en sueños

á la Virgen de la Esperanza, rodeada de ángeles, asentada sobre su trono de esmeraldas, que me ha dicho estas palabras:

—Tú me has dado culto en los días de bonanza, y yo vengo á tí en la desventura. El error de un momento está borrado: dí á Beppo que obre bien, que sufra y espere....

Beppo ya no lo oía: corrió á abrir al viajero, le dió su capa para que se resguardase de la lluvia, le dió un zurrón, con las únicas provisiones que le quedaban, y le dijo.

—Partamos! Yo os serviré de guía hasta que esteis en salvo!

La noche era oscura, las tropas que habian salido en persecucion del fugitivo cruzaban en todas direcciones.

Beppo desafiando los peligros, le prestó el apoyo de su brazo, hasta dejarle en un seguro asilo.

Despues volvió á su cabaña. Volvía alegre y satisfecho, con una alegría inmensa y desconocida.

Pero sin saber cómo, su pié se hundió en una desquebrajadura del camino, dejada en descubierto por la reciente lluvia; la tierra reblandecida cedió bajo su peso, y se halló en una cueva, en donde entre otros estraños objetos, vió una pequeña estatua. Tomó la estatua, salió como pudo de la cueva, y prosiguió su camino.

Era ya de día.

—¿Quién te ha dado eso? le preguntó un caballero que avanzaba al galope seguido de una numerosa comitiva.

Y sin esperar la respuesta, tomó la estatua, la examinó, y repuso, poniéndole en la mano una bolsa llena de oro.

—Yo la compro, y cuando tengas alguna otra, vé á buscarme á mi palacio de Nápoles: soy el príncipe de Elbeuf.

Beppo, brincando, cantando, y haciendo resonar su oro, llegó á la puerta de su cabaña.

¡Oh, milagro! Gelsomina le esperaba en el umbral de la puerta, y sonreía.

Beppo volvió á buscar la cueva portentosa, y la halló, á pesar de que estaba otra vez cubierta de hojas y de flores. En seguida la ahondó, pretestando que queria hacer un pozo, y halló con grande asombro, dilatadas galerías llenas de estatuas bellísimas iguales á la primera.

¡Herculano estaba descubierto! ¡Una buena accion habia arrancado la losa mortuoria que cubria desde tiempo inmemorial la pecadora ciudad de otras edades!

Inútil es decir que el príncipe de Elbeuf, tan amante de las artes, no fué avaro. Inútil es decir que el lecho de paja sobre el cual descansaba Gelsomina, se convirtió en lecho de plumas, y la casa en magnífico palacio.

Pero el palacio tuvo contigua una iglesia, dedicada á la Virgen de la Esperanza, y Beppo decia con entusiasmo, mostrando á los habitantes de Pórtici la bendecida imagen.

—¡Esa es la piadosa madre, amparo del pobre, consuelo del atribulado, refugio del que está en el mundo bebiendo el cáliz de amarga hiel, á imitacion de su sacrosanto Hijo, para resucitar como él triunfante allá en los cielos!

¡Esa es la que surca las olas del mar para conducir el naufrago á seguro puerto; la que guía por su senda de abrojos al triste peregrino; la que muestra al quejumbroso enfermo las bienaventuranzas de otra vida! ¡Esa es, por último, la que se alberga en los corazones doloridos, para murmurar con voz suave: sufre y espera: no hay llanto que no termine en risa, no hay risa que no termine en llanto. La desesperacion conduce irremisiblemente al crimen y á la desventura, la esperanza cubre de flores los males de hoy, y prepara para mañana hermosos frutos!

¡Oh, hermanos míos, concluía diciendo Beppo derramando lágrimas de gozo; porque di culto á la esperanza, me protegió esta buena madre en el trance mas amargo de mi vida; porque tuve esperanza soy dichoso!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

CANTARES.

En el jardín de mi pecho
Buscó flores una niña,
Buscó flores, cogió flores
Y me dejó las espinas.

Segun dicen libros viejos,
La mujer que no es honrada
Parece flor sin aroma,
Parece fuente sin agua.

Partió Dios una naranja
Para terminar sus obras;
De una mitad hizo el hombre
Y la mujer de la otra.

El diablo, que no descansa,
Por asemejarse á Dios
Partió, para hacer un hombre
Y una mujer, un limon.

Si de limon y naranja
Se juntan hombre y mujer,
Aunque se quieran y quieran
No pueden llevarse bien.

Cintas de grana tus lábios
Y perlas tus dientes son:
¡Cintas y perlas! qué lazo
Para coger al amor.

Negros son tus ojos, niña,
Y negros son tus cabellos,
Y negras tus intenciones,
Y tu porvenir muy negro.

Dicen que todas las noches
 Entra el amor en tu alcoba,
 Donde el amor entra á oscuras
 Sale con luz la deshonra.

PEDRO MARÍA BARRERA.

LAS VELADAS.

¡Por qué volveis á la memoria mia,
 Tristes recuerdos del placer perdido?
 Espronceda.

Sí, os conozco; ya sé recuerdos míos que llegais presurosos con vuestras historias de siempre á esconderos por algunos instantes en el fondo de mi corazón, y á despertar en mi alma esas voces mudas que me hablan de aquella mujer, de aquel cielo, de aquella cuna, de aquellas noches y de aquellas veladas.

Venid; no tardeis. ¡Hace tanto tiempo que os espero! En medio del mar nacen infinitas perlas, porque las perlas son las flores de las olas; en el cielo nacen las perlas del rocío, porque las perlas del rocío son las flores del cielo; en el alma nacen los recuerdos, porque los recuerdos han sido siempre las flores del alma!...

Vino Abril, y los pájaros, errantes peregrinos de las enramadas, poblaron los aires de soñadoras armonías; la selva se vistió de gala, el bosque hizo crujir la amarilla sábana de sus hojas secas al sepultarlas bajo la naciente alfombra de sus hojas verdes, y con la llegada de Abril renació la juventud de los campos, la transparencia de las aguas, el brillo de los cielos, y las armonías de la creación.

Indudablemente la naturaleza se engalana para aumentar el regocijo de las fiestas que vienen después.

El mes de Junio es el mes de las veladas y de las verbenas.

La primera verbena
 Que Dios envía,
 Es la de San Antonio
 De la Florida.

La verbena de San Antonio de la Florida trae siempre consigo la velada de San Juan, que aun cuando concurrida ordinariamente, no tiene en Madrid la animación que en otras partes, puesto que en otras partes es la velada más alegre, más bulliciosa, y más animada de cuantas registran los anales de nuestras costumbres.

Aquí contemplamos esa verbena que desaparece antes de que salga el sol; aquí el rumor de la fiesta queda sepultado en la noche misma; aquí no se anda todo el camino; no se recorre todo el período del placer; no se llega al límite de la broma; aquí la velada no tiene el desvelo del delirio; no tiene ese aturdimiento fantástico del insomnio en una noche de amor; aquí la velada no es velada.

¡Por qué volveis á la memoria mia,
 Tristes recuerdos del placer perdido?

Sí, lectoras mías; cuando respiramos bajo el cielo de nuestra patria; cuando no hemos perdido de vista las cúpulas de aquellas torres y la severa arquitectura de aquellos edificios que derramaron su sombra suave sobre los sueños de nuestra cuna, cuando no hemos abandonado los primeros lugares, que conocimos en el mundo, creemos que en otras partes el cielo es igual; que los árboles prestan en otras regiones la misma sombra, que todas las campanas tienen el mismo son para llamarnos á la iglesia, que todo es patria, que todo es hogar, que todo es nuestro. Ya lo dijo un poeta:

Porque en su albor matinal,
 el alma ardiente ambiciona,
 tener el sol por corona
 y al mundo por pedestal.

¡Mas ay! llega un día en que perdemos de vista todo cuanto nos rodeaba desde niños, y entonces empezamos á ver más claro. Falta alguna cosa al cielo que nos cobija; al aire que respiramos; á los árboles que nos dan sombra; á todo lo que se agita á nuestro alrededor.

¡La patria, aquella primera patria, que es la madre, la cuna, el hogar, adquiere entonces en nuestra mente la vaga forma de un sueño!

¡Estamos tan lejos de ella!...

Un nombre, una fecha, un día, una fiesta, cualquier cosa nos sorprende de cuando en cuando con el caprichoso fantasma de los recuerdos, gritándonos en el fondo del alma:—«Amor, juventud, placer, ensueños, cantares, noches de la patria, suspiros de una mujer, brisa de aquel río, eco perdido de aquella multitud alborozada, de aquel pueblo alegre siempre, y siempre feliz.»

Por eso la noche de San Juan aparece hoy ante nuestra imaginación doblemente encantadora. Sucede muchas veces que en medio del regocijo, al frente del espectáculo se pierden infinitos detalles, se confunde el pensamiento en el desorden de la reunión; la mirada intenta en vano recorrerlo todo, y por lo mismo que os encontráis en medio del ruido, sucede que ese mismo ruido os aturde más.

Las músicas, cuando se escuchan á gran distancia, se perciben más distintamente. Las cosas vistas de lejos, y en particular las cosas que nos interesan, se describen mejor.

Todo el bullicio de la velada, todos los accidentes divertidos que resbalan en aquella noche de alegría; toda la animación de esa antigua fiesta, tan conocida en las regiones andaluzas, especialmente en Córdoba y en Sevilla, cobra nueva vida al recordarla, al contemplarla con los ojos del deseo, al verse privado de sus delirios, de sus máscaras y de sus placeres.

¡La velada de San Juan! Ya sabéis, vosotras, lectoras mías, lo que es el Prado de Madrid en una tarde de Carnaval. Pues imagináos lo que podrá ser aquella histórica velada, existiendo en ella toda la expansión y el regocijo del Carnaval en Madrid, y sobresaliendo además el buen humor y la inagotable chispa de aquellos habitantes felices, que se rien de su sombra, que mienten sin afectación, salpicando sus agudezas con buenos chistes, y á los cuales, como dijo un poeta:

«¡Si los buscara la muerte
 Los ha de encontrar en broma!»

Estos son los andaluces. Desde las primeras horas de la noche del 23 de Junio, víspera del día de San Juan, la multitud, como si hubiera visto rayar el alba, en vez del sombrío crepúsculo de la tarde; como si hubiera visto salir el sol, en vez de la luna, hace de la noche día y se lanza á las calles, risueña y alborotada, para entregarse al desvelo de aquella especie de romería nocturna. Sí, la velada de San Juan no es otra cosa que un Carnaval en medio de las sombras; una tarde del carnaval de la corte, trasladada á las orillas del Guadalquivir.

Allí el pueblo se divide en dos grandes secciones. Enmascarados y desenmascarados. Unos pasean, otros no pasean, aquellos gritan, éstos saltan, los otros no se mueven, y todos son felices. Los amantes, con el recurso ingenioso de la careta, con ese muro de seda que los esconde á las miradas de todos, tejen el hilo de una conversacion que nadie se encarga de romper. Aquella es una especie de gira fantástica, tanto mas misteriosa y mas solemne, cuanto que se celebra en medio de la oscuridad; entre el silencio de la noche, cuando las olas callan y los pájaros duermen, y la Natureleza reposa.

Entretanto los árboles se engalanan con brillantísimas guirnaldas de farolillos de colores, las músicas llenan el aire de sonoras armonías, y todo es júbilo y entusiasmo.

En esa noche puede decirse que el sueño huye avergonzado del suelo de Andalucía. Nadie duerme!...

Hoy concluye el mes de Junio, lectoras mías. Pasó en Madrid la verbená de San Antonio de la Florida, y pasó en otras partes la velada de San Juan.

¡Cuán hermosos son los recuerdos que ha despertado en mi alma, desde que yo era niño, esa noche feliz!

A. F. GRILO.

LA HERMOSURA DEL ALMA.

(CONTINUACION.)

XIII.

Matilde, sin soltar la mano de su amiga, detúvose á vista de un gran espejo que adornaba el salon de recibo; miróse una y otra vez, comparando su figura con la de Enriqueta; de pronto volviése hácia sus tutores, y arrodillándose dijo:

—¡Bendiga el Señor vuestra paciencia con esta pobre loca! No me habíais engañado, es verdad que me parezco mucho á mi padre, á ese padre que nunca he visto, pero cuyo retrato no se aparta de mi corazón.

¡Ojalá que así como se parecen nuestras facciones se parezcan nuestras almas! La suya es muy noble... La mía era muy débil. Cuánto habeis tenido que aguantarme! cuántas veces he abusado de vuestra indulgencia! ¡Oh, perdon! perdon por tantas impertinencias y egoismo!

La respuesta de los dos fué colmarla de caricias y elogios por su actual comportamiento.

—Hace cuatro años, dijo Matilde entre risueña y lloro-

sa, en un acceso de cólera, excitada por las burlas de mi prima, cogí un taburete para romper ese mismo espejo. ¡Me habian acercado á él para que viera lo desfigurada que me habian dejado las viruelas! en aquel momento estaba horrible! daba miedo ver mi cara! Verdad es, que la de Paulina, hermosa y todo, desagradaba en extremo cuando la ira descomponia sus facciones. ¡Qué cosa tan fea es la ira! Verdad? Tú, Enriqueta, nunca te has dejado llevar de sus arrebatos!

Así haré yo en adelante, podrá un mal físico afearme todavía mas; pero en cuanto á los morales, yo procuraré, con ayuda de Dios y la vuestra, que no vuelvan á robarme las gracias adquiridas.

Pero... ¿qué hago? en vez de ocuparme de mi hermana os estoy ocupando de mis tonterías que ya pasaron!... La prueba está hecha, ya no me asustan los espejos, y si me lo permitís voy á enseñar á mi hermana todas las habitaciones del castillo.

Al recorrerlas, Matilde iba contando á su maestra las impresiones de su infancia: este cuarto sombrío, la decia, era el sitio donde me retiraba cuando tenia deseos de llorar y no queria que me vieses.

¡Ay, hermana mia! cuántas lágrimas he vertido aquí! cuántos ultrajes he devorado! cuántas injusticias he sufrido!

Antes no podia recordarlas sin que mi sangre hirviera... Pero ahora te las cuento á sangre fria; si algo siento es compasion hácia mis parientes. Yo en su lugar me parece que hubiera obrado de distinto modo. Perder la hermosura es una desgracia que merece compasion y no desprecio.

—Eso quién lo duda! exclamó su interlocutora... Mas en el mundo hay gentes que miran á los desgraciados con desprecio, aunque no lo hayan sido por culpa suya: esas gentes me hubieran adulado cuando era rica, y ahora porque soy pobre me mirarian por encima del hombro, me despreciarian como á tí te despreciaron por fea... Esas gentes, tienes razon, deben inspirarnos lástima, porque desconocen la verdadera hermosura, la mas envidiable de las riquezas, la del alma.

—¿Qué tal?... dijo el doctor á Enriqueta cuando estaban comiendo; os agrada Montbrison?

—Es una posesion magnífica y deliciosa, respondió la huérfana con entusiasmo; y sobre todo, tiene una dueña que sabe hacer muy bien los honores de su casa.

—Esa dueña lo que sabe, dijo Matilde con cierto airecillo malicioso, es adivinar secretos muy ocultos...

—Hola, exclamó su tutor echándose á reír; ¿y podremos entrar á la parte del secreto?

—Pertenece á Enriqueta.. Pero no me le ha confiado, y en castigo le descubriré... Al entrar en el cuarto de Paulina... mi querida maestra fijó sus miradas en el piano... de un modo tan espresivo... tan inteligente... que parecia decir.. «Cuánto daria por entablar relaciones contigo.» No me cabe duda... Enriqueta toca el piano y oculta su habilidad. ¿Sabeis por qué? porque yo le tengo dicho que odiaba el piano por causa de Paulina... Pues bien... desde ahora le amaré por causa de mi Enriqueta, con la condicion de que me ponga en relaciones con él; quiero aprender, quie-

ro estudiar mucho, para reparar el daño que me hice á mí misma resistiendo á la voluntad de mi tutor. —Bien me decia muchas veces: Matilde, la instruccion es el medio de hacer la vida muy agradable.

—Y no querias hacerme caso; la ciencia que te agradaba era la de atesorar dinero.

¿Sabes que llegué á persuadirme de que eras muy avara? Cosa que me afligia y alarmaba.

Matilde bajo los ojos con aire confuso, despues alzólos con resolucion y dijo:—No, no era yo avara.... pero el aya que teniamos cuando me veia desesperarme á causa de mi fealdad me consolaba diciendo: la mujer rica nunca es fea. De seguro que tendré mas amigos y adoradores que otra mujer que sea muy bonita y no tenga un cuarto. ¿Quién sabe? solia decir, acaso vuestro padre aparezca el mejor dia cargado de millones, y si tal sucede, os harán la corte mejor que á Paulina!.... Yo queria eso, queria humillar á mi prima, y solo por medio de la riqueza creia poderlo conseguir; economizaré mucho, mucho, pensaba yo, y cuando sea grande iré á París, y luciré mas que mi prima, gastaré mas lujo, tendré amigos, tendré adoradores.... reclamaré toda mi renta...

—Pobre niña! en buenas manos caistes! Pero dí, Matilde, ¿por qué nos callabas tus pensamientos? dijo Madama Montreal; si nos hubieras dicho algo, nuestros consejos te hubieran servido de mucho.

—Mamá, es necesario perdonarme, la severidad de mi aya y la de mi tia, me habian enseñado á callar mis pensamientos; además, los vuestros diferian tanto de los suyos!

Mi tia no daba precio sino á la hermosura; mi aya concedia mas valor á la riqueza; vos y mi tutor me deciais que ambas cosas valian poco.... Agriada por la injusticia me decia yo: mi tutor no contento con verme fea, quisiera verme pobre. Y yo quiero ser rica, porque solo la gente rica goza de consideracion y tiene amigos; mi aya me lo tiene repetido muchas veces.

—¡Pobre Matilde!... repitió Montreal. ¡Cuánto esmero deberian tener los padres para buscar las personas que han de rodear á sus tiernos hijos! Las impresiones de la infancia no se borran fácilmente.... la índole mas generosa puede pervertirse bajo el influjo de las personas mezquinas, perversas ó vanas, y orgullosas, y si la razon llega á extravarse, si el corazon se tuerce, con dificultad se consigue despues el triunfo de la virtud y del sano juicio!

—Demos gracias á Dios! Porque Matilde con su natural rectitud y nuestro solícito cuidado, y mas que nada con el ejemplo que tiene á la vista, se ha librado de los perniciosos efectos de una mala educacion.

XIV.

La visita que hizo al castillo produjo en Matilde un cambio tan feliz como durable; desde aquel dia mostróse alegre y confiada. Persuadida de que la querian en su casa, se animó á proseguir la grande obra de su regeneracion moral, destruyendo los resabios de una educacion mal dirigida; sin las advertencias de sus tutores y el ejemplo de su amiga, quizá hubiera caido en el extremo contrario, y de la parsimonia hubiera pasado á la prodigalidad; fué ne-

cesario decirlo, que dar con prudencia y agrado vale mas que derramar el oro á manos llenas. Su amiga la instruyó en el difícil arte de practicar el bien sin ostentacion y ligereza.

En punto á la benevolencia fué preciso contener sus impulsos; habíase mostrado huraña y salvaje para remediarlo mostrábase dispuesta siempre á prodigar las muestras de cariño. Enriqueta la dijo entonces:

—Una señorita debe mostrarse buena y afable con todo el mundo, pero sin perder de vista lo que debe á su propia dignidad:

—¡Ay, hermana mia! contestábala Matilde, necesito desagraciar á las gentes; si supiérais cuánto las he ofendido con mi orgullo y sequedad!

—Pero esa no es razon para que ahora te lances al encuentro de los que duramente rechazabas: ese cambio de conducta podria ser mal interpretado; ya no eres niña; una jóven necesita guardar cierta reserva, que seria impropia en la niñez; cada edad impono sus deberes; un poco de circunspeccion sienta bien á la tuya.

Matilde comprendia la razon, y moderaba sus muestras de cariño y sus avances de amistad, procurando ser amable sin faltar á su decoro.

La temporada de los baños prometia ser animada y brillante; anunciábanse grandes fiestas, y Matilde, que parecia estar olvidada de su figura, comenzó á mostrar cierta inquietud silenciosa; mirábase con frecuencia en los espejos, que habian vuelto á su sitio en la casa de Montreal. En el paseo volvia la cabeza para observar si su sombra tenia la misma elegancia y soltura que la de su amiga; pero estas pequeñeces iban cada dia siendo menos frecuentes, y no eran estrañas en una criatura á quien desde pequeñita le habian persuadido de que el mérito de una mujer solo estriba en sus gracias personales y exteriores. La sencillez, el aseo y el buen gusto, son adornos cuya moda no pasa nunca. Enriqueta y Matilde adoptaron estos adornos, y en la elegante sociedad de los bañistas agradaron generalmente las que los llevaban. La figura de Matilde no fué alabada ni zaherida, pero á todos agradó su trato, y este mejoró notablemente despues que, libre de sus aprensiones, conoció que la mujer puede agradar sin ser bonita.

Una ridícula presuncion, acompañada de la mas necia coqueteria suele ser el escollo donde tropiezan las hermosas. Un encogimiento ridículo suele acompañar al temor de parecer demasadamente fea. Vé ahí porqué las mujeres que no pasan de regulares, tienen mas soltura, mas animacion; ese no sé qué, que calificamos de simpático y gracioso. Matilde fué colocada en este rango apenas se despojó de su excesiva timidez, sin perder nada de su encantadora modestia.

¿Ya no pensaba en las miserias del que dirán de mí figura? Otro pensamiento mas noble llamaba su atencion. Quería dar un público testimonio de su reconocimiento á la mujer que habia sido, por decirlo así, el ángel de su guarda.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

VARIEDADES.

En el número anterior no pudimos ocuparnos de los muchos y lindos objetos que habíamos tenido ocasión de admirar en la exposición de Labores de las señoritas Educandas del Real Colegio de Ntra. Sra. de Loreto, calle de Atocha, que se verificó en los días 17, 18 y 19 del corriente.

En la Sala de Dibujo ocupaban el primer lugar por su mérito y corrección un *Hece-Homo*, dibujado por la señorita Carrasco, y una *Dolorosa* por D.^a Emilia Aguilar, entre otros cuadros de muy buen efecto, por D.^a Cármen Urramendi, D.^a Matilde Martínez, y otras señoritas.

En la sala de Labores las había de un gusto y ejecución delicados, sobresaliendo entre otras un abanico de nacar con el país de seda blanca bordado en litografía, y con las iniciales y corona de la señora Duquesa de Fernan-Núñez, á quien estaba destinado por la señorita D.^a Cármen Urramendi. También llamaban la atención un cíngulo de muaré blanco bordado en oro por la señorita Melgar: dos pantallas de gabinete, ejecutadas por D.^a Clotilde Soto y D.^a Amalia Sanz: varios canastillos de flores por las señoritas de Marina, Urramendi (D.^a Josefa), Soto, Velasco y Sanz, con una multitud de objetos bordados en blanco y en color por diferentes señoritas.

En la misma sala se distinguía por lo esmerado de su ejecución un corsé, por la señorita D.^a Josefa Marina, y un vestido completo, cuya irreprochable hechura nos detuvimos á examinar, complaciéndonos sobremanera el ver hermanadas en este establecimiento las lecciones de adorno con las de utilidad práctica, tan necesaria hoy en la educación de las señoritas.

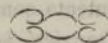
Aunque la invitación estaba limitada á las familias de las señoritas colegialas, como el número de éstas es crecido, la concurrencia ha sido mucha y escogida, pudiendo admirar por las tardes á última hora, los adelantos musicales de las educandas, en diferentes piezas ejecutadas con perfección.

En el piano se distinguieron, tocando á seis manos la marcha del *Profeta*, las señoritas D.^a Cinta Zagala y Doña Julia Marina, acompañadas del señor Casado, que dirige esta parte de la enseñanza.

Entre las varias piezas de canto que escuchamos con el mayor gusto, recordamos un dúo por las señoritas de Urramendi, y otro por las de Fontan. Dos arias por dichas señoritas de Fontan. Un terceto por las señoritas de Urramendi y D.^a Cármen Fontan, y algunos coros en que tomaron parte estas mismas señoritas con D.^a Angustias Campina, Doña Matilde Martínez, D.^a Julia Marina, D.^a Consuelo Laplana, D.^a Clotilde Soto, y otras.

Felicitemos al señor Administrador de este colegio, á su Directora y maestras, por el brillante estado del establecimiento y adelantos de sus educandas, y no dudamos en recomendarle á nuestras lectoras como uno de los mejores de Madrid, por la esmerada educación que en él reciben las niñas, así en la parte moral y religiosa como en la de instrucción, adorno y buena sociedad.

CAROLINA SÖREL.



MODAS.

Explicación del Figurin, núm. 819 bis.

NUM. 1. *Cofia fanchon*, guarnecida por un ruche con cabeza, de encaje de Irlanda, formando cuadros en su centro entredoses de encaje, y adornándola encima un grupo de lazadas de cinta verde, del que parten las bridas.

NUM. 2. *Cofia María Stuard*, de muselina, guarnecida de guipure de Cluny, con lazadas y bridas de cinta azul: otra cruza sobre el pelo por detrás, con lazo en el centro.

NUM. 3. *Gorra Pamela*, de tul con puntilla al borde, y lazadas de cinta color de rosa; un bullonado de tul con cinta pasada la cruza por encima, bajando á formar las bridas.

NUM. 4. *Sombrero Mandarin*, de crin negra y bordes almenados, y ribeteados de terciopelo morado: un grupo de cerezas le adorna en el centro, del cual parten las bridas, de cinta morada también.

NUM. 5. *Cuello y manga* de holanda con guarnición de io mismo festoneada, y botones sobre un jareton.

NUM. 6. *Cuello y manga* de nanzouk bordado, orillado de guarnición tableada.

NUM. 7. *Camiseta* para casa con cuello vuelto, adornada por delante y bajo de la manga por plieguecitos y entredoses bordados.

NUM. 8. *Otra id.* bullonada por delante, separados los entredoses por bullones.

NUM. 9. *Fichú* cuadrado de tul moteado con entredoses de guipure, y guarnición de lo mismo. Este fichú sirve de complemento á la figura del sombrero núm. 4.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14